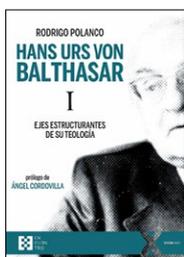


Rodrigo Polanco, *Hans Urs von Balthasar. I. Ejes estructurantes de su teología*. Madrid: Ediciones Encuentro, 2021. 360 pp. ISBN: 978-84-1339-063-5



Rodrigo Polanco, profesor de la Facultad de Teología de la Universidad Católica de Chile, ofrece a los lectores de lengua española una detallada introducción a la persona y obra teológica de Hans Urs von Balthasar (1905-1988). Como pone de relieve al inicio de su trabajo, no es fácil encontrar un libro análogo, menos en español. Se trata de un texto muy ordenado, con sus partes bien delimitadas, está bien escrito, es de fácil lectura, tanto como lo permite Balthasar con su complejidad y erudición.

Destaco el género literario adoptado (Introducción) porque ello esclarece al posible lector o lectora sobre su contenido. En este sentido, el libro debe ser juzgado desde tal perspectiva y eso explica algunas de sus características, por ejemplo, el hecho de que esté concentrado casi exclusivamente en la bibliografía del autor y preste menos atención a determinados debates o, en general, a la bibliografía secundaria, la que naturalmente –como se advierte en varios puntos– no desconoce.

Como pone de relieve Polanco, se trata de un libro que es fruto de un trabajo de muchos años que la editorial ofrece en dos volúmenes (también está disponible como *ebook*): el primero, subtítulo “Ejes estructurantes de su teología”, publicado en mayo de 2021, y el segundo, “Aspectos centrales de su teología”, que sale a la luz en noviembre de 2021. Razones editoriales han aconsejado esa división de una obra, en principio, unitaria. El presente comentario refiere solo al primer volumen.

Polanco justifica bien, sin dificultad, el motivo por el que esta introducción al pensamiento teológico del teólogo suizo se hace “a partir de su Trilogía, como obra magna y cimera de su productividad” compuesta, como es sabido, de *Gloria, Teodramática y teológica*, más el añadido posterior conclusivo, el *Epílogo*, entre 1961 y 1987. La Trilogía ayuda como estructura a mostrar el conjunto y a destacar los núcleos de este pensamiento. No obstante, el libro recurre permanentemente a otras obras de Balthasar, de modo que la mirada de conjunto queda asegurada.

El libro está dividido en dos partes con tres capítulos en cada una de ellas. La primera parte lleva el título “Aspectos introductorios para comprender a Balthasar”. El capítulo primero, “Biografía intelectual de Balthasar” (pp. 27-72) ofrece una visión informada de toda su biografía. La vinculación hoy tan apreciada entre experiencia y teología, en general, y el itinerario vital tan peculiar del autor suizo hacen de este capítulo algo indispensable en una “introducción”.

Los primeros años de juventud, el tiempo universitario dedicado a la germanística, la experiencia como estudiante jesuita, su estudio de los padres de la Iglesia, sus primeros años de sacerdote y sus trabajos con estudiantes en Basilea, el encuentro clave con Adrienne von Speyr en los años 40’ y la salida de la orden jesuita con todas las dificultades que le siguieron, la fundación de la Comunidad San Juan, un instituto secular, su tarea editorial, las redacciones de sus escritos en los diversos momentos históricos, la fundación de la revista *Communio*, etc. son de apreciar en la presentación.

Este capítulo incluye también una parte dedicada a las influencias relevantes en el trabajo teológico de Balthasar, varias de ellas analizadas más detenidamente después. La diversidad y “multitud de fuentes” queda bien mostrada en pocas páginas. Allí se incluye la formulación del “principio rector de su magna obra literaria: exhibir la capacidad integradora del *Logos* hecho carne” (p. 59). El capítulo biográfico concluye con una parte que juzgo muy adecuada para el lector: una mirada a la estructura de su pensamiento. Al aprovechar de manera particular pasajes clave del *Epílogo*, Polanco despliega cuatro pasos con los que se describe la “estructura de fondo de su propuesta teológica” (p. 61), esto es, la distinción real, el ser en sus trascendentales, la polaridad de los trascendentales del ser creado, para desembocar en un cuarto paso, “una teología a partir de los trascendentales del ser” que abre a la temática siguiente.

El título del segundo capítulo describe exactamente su contenido: “Una mirada global a la Trilogía” (pp. 73-147). Se trata de una sección clave a la luz de la pretensión introductoria de libro. Polanco recorre los 16 volúmenes de la Trilogía y el *Epílogo*, volumen por volumen, indicando los asuntos centrales y los principales interlocutores en cada tema. Este panorama condensado deja a la luz de manera muy evidente el logro sistemático de esta obra muy remarcable de la teología católica del siglo XX.

El tercer capítulo se titula “‘Dos mitades de un todo’”. La relación entre Hans urs von Balthasar y Adrienne von Speyr” (pp. 149-185). Por varios motivos encuentro relevante estas páginas. Si se piensa ante todo en el público de lectura castellana, Polanco ofrece muchos pasajes textuales de obras no traducidas, entre ellas –lo juzgo un aporte interesante–, citas de prólogos o introducciones que el teólogo suizo hizo a las obras de Adrienne, una obra de 60 volúmenes. Si es verdad que han existido investigaciones académicas que han intentado una comprensión del autor independientemente de la figura de Adrienne, creo que el capítulo de Polanco, conforme a las explícitas y

repetidas expresiones de Balthasar, muestra que tal empresa es imposible o, al menos, empobrecedora. La misión común de ambos –tal es el discernimiento al que llegaron– es determinante para la biografía de Balthasar, el sentido cómo interpreta su vida, si se puede decir así, y sin duda el significado de su obra teológica. Que él valore más el tiempo y la publicación de las obras de Adrienne que sus propios libros no puede ser tomado a la ligera ni juzgado como simple cortesía: es una convicción fundamental. El capítulo muestra bien ambos aspectos, la obra común y, muy importante, las indudables contribuciones clave de ella a la teología del autor.

La segunda parte del libro, “Los ejes estructurantes de su propuesta teológica”, también posee tres capítulos. El primero, titulado “Una teología fundamental desde la estética teológica” (pp. 189-233) presenta un tema central y, además, novedoso que caracteriza a Balthasar: “...la estructura esencial del cristianismo puede ser descrita, desde una doctrina de la belleza trascendental del ser, como la unidad inseparable entre la fe del creyente y la ‘forma’ de Cristo” (p. 189). De forma muy didácticamente organizada aparecen los diversos momentos de la estética aplicados a la experiencia de la revelación y la fe, la percepción, por una parte, el acontecimiento concreto, Cristo, en el que se ha descubierto la manifestación de Dios, por otra. Teología fundamental y teología dogmática aparecen así intrínsecamente vinculadas.

Los subtítulos ilustran justamente cada una de las perspectivas que forman el conjunto: la forma en el cristianismo y una estética teológica, la fe como evidencia subjetiva, la forma de Cristo como manifestación objetiva, una estética teológica con capacidad integradora. Cierra el capítulo una suerte de evaluación que pone de relieve, a la vez, originalidad y puntos centrales. Todas estas páginas muestran, en su contexto temático, varias de las nociones básicas del autor: la experiencia de la fe, la percepción de la forma, la *analogía entis*. En la estructuración a partir de los trascendentales, su unidad, privilegiando al *pulchrum*, y desde la fe como percepción de la forma se comprenden los ejes sistematizadores de esta teología fundamental: “todo comienza con lo bello que se manifiesta –con el aparecer de Dios en una forma concreta–, que se percibe y arrebatá” (p. 231).

La revelación experimentada en la historia desemboca en una dramática. El quinto capítulo está dedicado a esta peculiar interpretación del cristianismo: “El cristianismo comprendido como una ‘teo-dramática’” (pp. 235-290). Aquí se desarrolla la sugerente reflexión sobre la existencia humana reflejada en el teatro que –como elemento antropológico esencial y con la ayuda de múltiples intérpretes de esta experiencia– funciona como instrumento o parábola para comprender el drama que acontece en la historia de libertades del creador y su creatura, del Dios trinitario y cada creyente.

La originalidad de este lugar teológico requiere el primer punto del capítulo: “¿Qué es una teo-dramática?” A él siguen las explicaciones acerca del “instrumental dramático” y el importante desarrollo acerca de “la misión-vocación como papel/rol”. No obstante la necesaria concisión que el espacio limitado exige, el trabajo muestra una característica general de Balthasar que Polanco destaca: “...todas las afirmaciones importantes las precede con una amplia historia del concepto, de las preguntas que suscita, de los intentos de respuesta y del desarrollo de su comprensión” (p. 287). Eso le otorga profundidad al desarrollo, pero también obliga a un atento seguimiento del largo proceso que conduce a afirmaciones capitales, como la idea de persona, de identidad, etc., lo que Polanco llama “el puente más directo entre dramática y teología” (p. 276), la semejanza entre el rol o papel de un actor y la persona-misión del cristiano. La “solución definitiva en Cristo” y el mismo drama trinitario, ocupan un lugar central.

Destaco dos aspectos, entre otros posibles. Primero la información muy útil acerca de las fuentes inspiradoras de la Teodramática, donde aparece, una vez más, la multiplicidad y variedad de fuentes, no en última instancia la misma Adrienne, y la breve evaluación crítica sobre la obra al final de este capítulo acerca del lugar que ocupa en este sistema la historicidad concreta y la temática referida a la justicia, aspectos a menudo subrayados como débiles. Entiendo que el segundo volumen, al tratar de los aspectos singulares de esta teología, dejará ubicadas estas críticas en su justo lugar. Toda propuesta teológica tiene límites, naturalmente, también Balthasar; es oportuno advertirlo con lucidez y reconocerlo sin dificultades.

El último capítulo, titulado “Filosofía que sustenta la teología de Balthasar” (pp. 291-342), visibiliza claramente, una vez más, la enorme erudición del teólogo suizo, la atención que ha prestado a los más diversos representantes filosóficos en las distintas épocas de la historia occidental. Polanco realiza un esfuerzo no sencillo para dar cuenta de esta variedad con su adecuada profundidad. El capítulo está muy bien ordenado y con puntos de vista complementarios saca a la luz esta dimensión de la obra: aproximación característica de Balthasar a la filosofía, temas específicamente filosóficos en la obra de Balthasar, algunos de los autores más relevantes (Plotino y Hegel, Tomás de Aquino y Heidegger, Kierkegaard y Nietzsche). El capítulo se cierra con la presentación de dos temas nucleares, consecuencia de la doctrina del ser de Tomás: el milagro del ser y la cuádruple diferencia desde la temática de la distinción real, ya aludida, y la polaridad de los trascendentales del ser creado que, indudablemente, reaparecerá contextualizado en el segundo volumen de la obra de Polanco.

Una “breve mirada retrospectiva” (pp. 343-348) cierra el análisis de este primer volumen. Polanco incluye un aporte muy útil para la profundización en el estudio del autor: una “bibliografía sugerida” cuidadosamente seleccionada, tanto de Balthasar como de otros autores, en referencia a los temas de cada capítulo.

Al leer con agrado el texto de Polanco me he preguntado por la recepción de Balthasar en América Latina, la que ya ha tenido lugar y los aspectos que podrían tener una repercusión especial en el futuro. Al mismo tiempo, con la creciente experiencia de interculturalidad no solo en la teología, sino en la vida misma de la Iglesia, la pregunta por su recepción creativa en diversos contextos suena desafiante, sobre todo al evidenciarse tan claramente en la introducción de Polanco la profunda inserción de Balthasar en la historia de la cultura de su continente.

Un punto parece claro, por ejemplo: el aprovechamiento de la vía de la belleza, uno de sus más grandes méritos y originalidades, tiene mucho que ofrecer a estudios teológicos y sistemas de enseñanza centrados más bien en la Teo-lógica. Otro aspecto también puede ser digno de nota: la forma ejemplar de proceder de Balthasar con el uso del “instrumental dramático” como *locus theologicus alienus*. “El *topos* ‘teatro del mundo’ fue elegido como medio para elaborar un instrumental dramático que pudiera ser usado por la teología...” (pp. 261-276). Gracias a ese “lugar” emerge, de un modo original o por lo menos renovado, algo de la belleza de la revelación del Dios trinitario en la historia, especialmente en el misterio pascual, también visibiliza la radicalidad “infernial” del mal.

En síntesis, si una de las experiencias imprescindibles de cualquier itinerario de formación teológica es el contacto de primera mano y lo más informado posible con un “clásico” de la teología, en este caso del siglo XX, el trabajo de Polanco resulta, sinceramente, muy recomendable. Puede colaborar como una suerte de guía a sumergirse de una buena manera a un pensamiento que, a la vez, es original, erudito, complejo y también fascinante para quien lo recorre. El elogio del libro que realiza en el prólogo el teólogo Ángel Cordovilla de la Universidad de Comillas (Madrid) parece justo: “Nos encontramos ante una magnífica introducción al pensamiento balthasariano cuyo valor más significativo es otorgar una visión orgánica de toda la obra del pensador suizo” (p. V). La obra completa, los dos volúmenes en Editorial Encuentro, representarán un gran aporte, particularmente, para lectores y lectoras de lengua castellana.

Carlos Schickendantz*

* Universidad Alberto Hurtado, Chile; <https://orcid.org/0000-0003-3897-804X>.